

EDITORIAL

DR. CARLOS PRADA DIAZ: UN HOMBRE CON AMOR POR LA MEDICINA



Primer año de la Escuela de Medicina.
De der. a izq.: Dr. Enrique Ramírez, Dr. Otto Valverde,
Dr. Manuel Zeledón y Dr. Carlos M. Prada

Para mil novecientos cuarenta y nueve llegamos a la Ciudad de México veinticinco costarricenses a estudiar medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México. La mayoría muchachos de 17 a 18 años, todos con el entusiasmo y la gallardía de esa adolescencia, llena de ímpetus y con los deseos promisorios de convertirnos en profesionales de fama y honor, para así honrar a la patria y a nuestros padres.

Unos pocos de este grupo, entre ellos el que escribe estas líneas, veníamos de Universidades Norteamericanas, después de haber cursado el famoso premédico, exigido por los estadounidenses pero sin la promesa de proporcionarnos el continuar los estudios propios en la escuela de medicina. En mil novecientos cuarenta y siete, que arribamos a las tierras gringas, ya se había terminado la segunda guerra mundial, los nacionales tenían derecho a becas patrocinadas por el Estado y los que éramos extranjeros, no teníamos cabida en las Escuelas de Medicina. Unos perdieron dos años y otros perdimos tres años, pues los estudios de medicina en la ciudad azteca se llevaban de distinta manera.

Todos, nosotros los ticos, llenos de ilusiones, nos decidimos a asumir el gran reto de la Anatomía Descriptiva, en el vetusto edificio de la Inquisición Mexicana, eran diez grupos de estudiantes, cada uno de doscientos alumnos y el pánico nos invadía pues esa materia es la más dura de aprobar en toda la carrera. En sólo un año teníamos que dominar, ese árido y tedioso estudio. Nos daban las madrugadas metiéndonos de memoria siete y

hasta diez páginas de los tres tomos del texto del maestro Dr. Fernando Quirós.

Carlos Ml. Prada, Enrique Ramírez, Andrés Jenkins, Otto Valverde, Alvaro Ortiz, Ml. Francisco Rojas, Manuel Zeledón, etc. no cejabamos en la constancia y sacrificio de pasar los noches en blanco y a las 5 a.m. nos alistábamos para las clases de las 7 a.m. Eso nos valió ser de los siete costarricenses que sí pudimos pasar o promocionar la materia clave de la carrera de la medicina sin tener que repetirla.

Tambien Carlos Ml. era buen deportista amaba el basketball y lo enloquecían los artes taurinos pero a pesar de ser la vida tan barata, en esos tiempos en nuestro México Lindo, no abandonamos los estudios por tantas bellas tentación que se proporcionaban, en esa enorme, Ciudad de los Palacios. Los siete años de carrera el internado universitario, más el de la práctica rural, la tesis y el examen profesional nos hizo retornar a Costa Rica ya con el Título de Médico en nuestras manos.

En mil novecientos cincuenta y cinco, cada uno por su lado, pero confluímos como médicos graduados en el Hospital San Juan de Dios, a cumplir con el requisito que nos exigía la patria, el año de internado y el año de Servicio Social. En el “San Juan” estábamos: Carlos Prada, Oscar Cabada, Manuel Fco. Rojas, Romano Delcore, Manrique Soto y Manuel Zeledón, todos habíamos comenzado en 1949, también habíamos cumplido con el internado universitario y con el servicio social mexicano. Otros diez médicos internos del Hospital, también compañeros, procedían de varios países latinoamericanos, y uno más, de Bélgica.

Nuevos bríos se imponían para esos médicos jóvenes que querían salir del anonimato. No habían residentes para especializarse en el país y los que teníamos inclinación por la cirugía nos convertimos en asistentes permanentes de los cirujanos de fama. Carlos Ml. Prada y Manuel Zeledón nos fuimos haciendo cirujanos con la tutoría del maestro Dr. Manuel Aguilar Bonilla. Practicamos muchos años cirugía general y luego escogimos una sub especialidad de la misma cirugía. En el caso de Carlos Ml. fue la Ginecología y Obstetricia, su delirio.

Al haber hecho la especialidad total de la Cirugía General y luego dedicarnos a una subespecialidad, nos habría un campo mucho más amplio en el arte del quirófano.

Carlos Ml. no quiso quedarse estancado e hizo la carrera hospitalaria hasta llegar a Jefe de Servicio, muchos lo hicimos. Desde el inicio de la profesión le encantó la docencia y luego llegó a ser catedrático (máximo escalafón en la carrera de docencia en la Escuela de Medicina de la Universidad de Costa Rica), de tal manera, que complementó su trabajo de la jefatura de Ginecología en el Hospital México y con su labor universitaria. Siempre destacó en sus funciones profesionales, era vehemente, con gran facilidad de palabra y con gran capacidad para ejercerla. Estos dones los había heredado, de su padre profesor del Liceo de Costa Rica, en que la seriedad de sus clases, su fervor por sacar jóvenes rectos y con principios morales, se anteponía a la materia que impartía. Diez minutos de elocuentes principios de hombres de bien y de rectitud, a esos niños de trece años, eran fundamentales para la formación del púber y, con inseguridad de su futuro.

Carlos Ml. como profesional en su práctica privada lo asistía un gran respeto al prójimo y una dedicación por el paciente. Así cultivó una numerosa clientela que lo quería y lo estimaba. Sus amigos siempre fueron en aumento y siempre lo estimábamos en grado superfluo. Cuando se despidió de este mundo, sus honras fúnebres inundaron las calles de todo el Barrio Luján y sus seres queridos lo lloraron con discursos desconsolados en la propia Iglesia.

Qué Dios lo tenga en la Inmortalidad!

Dr. Manuel Zeledón Pérez
Director